

vista; celebra consejo el monarca y todos le proponen para el cargo de Gobernador como el más digno por su valor, por su prudencia y por sus proezas, á Eustaquio de Beaumarché, que



FELIPE EL ATREVIDO, PADRE DE FELIPE EL HERMOSO, REY DE NAVARRA

era á la sazón senescal de Tolosa.—Va D. Eustaquio á la corte, arrodíllase delante de su rey y éste le bendice: y al gritar el centinela de la torre que asoma el alba, monta á caballo, marcha á Tolosa, llama á sus mejores ballesteros, y se encamina á Navarra. Con su hueste venía á España el aventurero tolosano Guillermo Anelier, tan buen soldado como ameno trovador. Cabalgan alegre y apresuradamente: pasan por Gascuña, por la tierra de Sire Gaston, conde de Béarn, y llegan á Sauveterre; al día siguiente avanzan hasta San Juan de Pié de puerto, donde reciben festejos; pasan al siguiente día los Pirineos y son bien recibidos en el gran hospital de Roncesvalles. Allí les salen al encuentro caballeros é infanzones, y al saberlo en Pamplona, salen también de la Navarrería Pascual Beatza, el Sr. Miguel de Larrayna y D. Crestel, quienes echan la culpa de todo lo que está pasando al Burgo y á la Población. En cuanto el valiente caballero francés advierte la animosidad de los vecinos de los

diferentes barrios, envía á Pamplona á suplicar que nadie salga á recibirle, y viene sigilosamente con sus gentes á Olatz, á los hermosos palacios del rey, y haciendo sin el menor anuncio su entrada en la capital, se apea en el palacio del obispo, se despoja de sus armas, vase á oír misa á la catedral, y propágase en el acto por la ciudad, y luego por toda Navarra, que ya tiene el reino un buen Gobernador.

El señor de Cascante, que lo era por elección de la reina viuda y de las Cortes, acude á Pamplona, y después de él no pocos nobles con sus respectivas comitivas. No entra en la ciudad D. Pedro Sánchez por su enemistad con D. García, pero brinda á Beaumarché con una entrevista en el monasterio de Santiago, y en ella D. Gonzalo Ibáñez aconseja al francés que reúna las Cortes.—Reúnense, en efecto, en Estella, donde el país presta juramento al nuevo Gobernador, y éste, después de jurar los Fueros, vase á recorrer la tierra.

Para hacerse cargo del estado de los ánimos en Navarra en estos días, hay que tener presente cómo y en qué circunstancias viene Eustaquio de Beaumarché á regir sus destinos en ausencia de su legítima soberana. La reina viuda ha resuelto casar á su hija con el hijo del rey de Francia su presunto heredero: Juana y Felipe el Hermoso acaban de ser desposados á pesar de sus pocos años, y Felipe el Atrevido ha aceptado la tutela de la reina niña, aunque por mera fórmula siga titulándose de oficio tutora D.^a Blanca; y como tutor ha hecho el rey Felipe el nombramiento del senescal de Tolosa para que venga á gobernar á Navarra. Todos los hombres de partido han quedado descontentos, á excepción de los que podemos llamar afrancesados: D. García Almoravid, por un lado, como partidario del castellano; D. Pedro Sánchez de Monteagudo por otro, como favorecedor de la unión con el aragonés; y por último los verdaderos patriotas, que desean sobre todo ver respetada la autoridad de la reina legítima y gobernado el país según sus antiguas leyes é instituciones, sin influencias extranjeras, porque tocan

ahora el resultado de una política que constituye á Navarra como en feudo de la Francia, con peligro de verla incorporada, con los estados de Champagne y Brie, al creciente Dominio-Real. Sólo la gran masa extraña á la política y á las ambiciones, que todo lo sacrifica á la tranquilidad y al sosiego, acepta de grado la tutela del extranjero. Pero desde que la unión de los dos regios vástagos se ha hecho pública, y las esperanzas de unos y de otros han quedado desvanecidas, el clero ha recobrado en la Cuenca de Pamplona el ascendiente que de antiguo tenía adquirido por las donaciones de los reyes D. Sancho el Mayor y D. Sancho Ramírez, que habían declarado á Pamplona con todos sus términos pertenencia del obispo y de su Iglesia; así que, cuando Eustaquio de Beaumarché, después de posesionado de su autoridad, de haber visitado los Burgos y la Navarrería y exortado á sus habitantes á la paz, convoca la asamblea de los ricos-hombres, burgueses y comerciantes, y por consejo de ésta manda destruir las máquinas de guerra, todos prometen obedecer menos los de la Navarrería, los cuales, cediendo á sugerencias de conocido origen, protestan diciendo que el Gobernador no tiene facultad para disponer tal cosa; que sólo á la Iglesia pertenece ese derecho, y que mientras ella no lo mande, todo continuará según está. Fué en vano que el francés intentase recabar el auxilio del obispo: el pueblo amotinado no le dejó llegar al palacio; ante la actitud amenazadora de las turbas, quiso refugiarse en la catedral con su comitiva; pero halló las puertas cerradas, y con grave peligro pudo escapar de la ciudad, marchando furioso á encerrarse en los palacios de Olatz.

Después de varios incidentes en que resaltó la prudencia de Beaumarché y la intransigencia de los partidarios de Castilla, celebráronse reuniones del consejo general en el castillo de Losarcos, reuniéndose separadamente los barones de Navarra en otro local distinto para tratar del modo de deshacerse del Gobernador. Pusiéronse en juego conspiraciones, engaños y

perfidias para desautorizarle y decidirle á abandonar el país; preséntanse á él en Pamplona, pídenle que se celebre una conferencia en el convento de los PP. Franciscanos, y obtenido el beneplácito, vanse á sus casas y envíase á decir á los Burgos que el Gobernador intenta desposeerles de sus Fueros; que les paga con torneses en vez de sanchetes, y que han resuelto despedirle. Los burgueses se oponen; D. Gonzalo Ibáñez habla contra él desembozadamente, amenazándole con que pelagra su vida si no se va á ultra-puertos; mas los representantes de los Burgos insisten con energía en defender á Beaumarché. Aymar Crozat arenga á los burgueses: acuérdase armar 500 hombres de la villa que escolten su persona, y acudir todos al convento, prevenidos para alancear sin compasión á los ricos-hombres y barones en caso de que allí se atente contra la vida del Gobernador.—En el día y á la hora convenidos, preséntanse en el convento los del Burgo con armas ocultas bajo las ropas; allí están reunidos todos los que figuran en los opuestos bandos, y Beaumarché ocupa sereno su puesto. Expone contra él sus quejas Gonzalo Ibáñez, y le ruega que regrese á Francia; él contesta que no cree justo lo que se le exige; que todo el reino le ha prestado juramento de obediencia, y que sólo cuando Navarra lo expulsase, se retiraría, satisfecho de haber cumplido su deber. Insiste Gonzalo Ibáñez en sus exigencias, y el Gobernador pregunta reservadamente á los burgueses si en vista de tal perfidia le acogerán con sus gentes en el Burgo hasta que ponga lo ocurrido en conocimiento del rey Felipe de Francia, su señor, y éste determine. Los de San Cernin y la Población deliberan, y ponen á su disposición vidas y haciendas. Entre ellos figuran Ponce Baldoin, Aymar Crozat, Martín su hermano, Juan de Badoztain, García Arnalt, Guillermo Marcel, Pedro l'Almirat, Juan Peritz Motza, Martín de Undiano, Pedro de Aldara y otros.—Terminada la asamblea, intérnase en el Burgo el Gobernador y los burgueses en filas apretadas; y los barones, irritados ante la actitud de éstos, prorrumpiendo en amenazas,

retíranse á la Navarrería «con los estandartes y enseñas flotantes, armados de todas armas, con sus nobles escudos y los pintados yelmos en que brilla el oro.» Los ricos-hombres convocan á una reunión en la iglesia catedral «donde están las grandes reliquias» y allí acuerdan, bajo juramento, unirse con las clases populares para combatir á los de San Cernin.

Reúnense al día siguiente en la iglesia D. García Almoravid, D. Gonzalo Ibáñez, D. Corbarán, Juan de Bidaurre y otros muchos ricos hombres y autoridades: D. Miguel la Rayna, Don Pascual Beatza con sus comparientes, D. Sancho Mustarra, Juan Peritz, Alegre, Ochoa, Sanz, Pascual Gamiz y algunos más: y con sorpresa se vió entre los primeros á D. Pedro Sánchez de Monteagudo, el Sr. de Cascante, que en su despecho de contemplar á Navarra entregada al francés, no titubea en un momento de enojo y obcecación en coligarse con su mortal enemigo D. García Almoravid.—Tráenles la santa cruz y el libro de los Evangelios, y juran todos unirse y auxiliarse mutuamente contra los Burgos de San Cernin y San Nicolás.—Eustaquio de Beaumarché, por su parte, por medio de la veintena de los jurados reúne el consejo en la iglesia de San Lorenzo; asisten allí D. Elías David, D. Ponce Baldoín, D. Aymar Crozat, su hermano D. Martín y todos los del barrio; pregúntales si puede contar con ellos, y Ponce en nombre de todos contesta que le protegerán como si fuese la misma reina en persona. Enciérrase con ellos en los Burgos, y en la certidumbre de que va á comenzar en seguida la lucha, preparan los veinte jurados la defensa de las torres, puertas y plataformas, y escogen para este fin los habitantes más distinguidos por su ardimiento. Eligen también los que han de gobernar y manejar los ingenios y máquinas: burgueses y menestrales, confundidos, guarnecen velozmente no sólo las torres y portales, sino también los campanarios, y todos los atrincheramientos de los dos barrios; y disponen además los veinte que haya hombres que vigilen con objeto de impedir los incendios.

Al comenzar la lucha, el prior de Santiago y el guardián de los PP. Menores se interponen para alcanzar de los Burgos y de la Navarrería que desistan de su belicoso propósito: los burgueses los acogen benévolos, pero los ricos-hombres navarros contestan que habrá guerra si no se expulsa al Gobernador. Retíranse desconsolados los religiosos: dan cuenta á los de los Burgos de lo que los ricos-hombres exigen, y mientras los burgueses los escuchan indignados, llega un mensajero presuroso á anunciarles que en la Navarrería se disparan dardos y que se han roto las hostilidades.

Por la colina de Roldán, en Roncesvalles, asoma el Prior de San Juan que viene á España: encuéntrase en el Hospital de los peregrinos con el mensajero que Beaumarché manda al rey Felipe de Francia, el cual le cuenta lo que está pasando. Entristécese el Prior, y acelera su paso á Pamplona. Llegan también á la capital del reino dos caballeros franceses que se dirigen en peregrinación á Santiago, y se presentan al gobernador enviados por el valiente Prior de San Gil, «el más grande á este lado de los mares,» y va Beaumarché á avistarse con él, con los principales burgueses: conferencian acerca de la guerra, y el Prior ofrece hablar al siguiente día con los de la Navarrería. Únese á él el Abad de Monte Aragón, que también lamenta la guerra: uno y otro desempeñan con actividad y celo su misión de paz, el Prior en todos los barrios de Pamplona, el Abad en la Navarrería; y habiendo dicho allí éste á algunos vecinos que si expulsaban á los ricos-hombres sería posible hacer paces, ó treguas al menos por cien años, sin necesidad de deshacer algarradas, torres é ingenios y sin nada que les humillase, le contestaron que aceptaban y que consultase á los Burgos. Fueron efectivamente el Prior, el Abad y algunos PP. Franciscanos á San Lorenzo, donde estaban el Gobernador, la veintena y los del consejo, y exhortóles el Prior á consentir que los de la Navarrería conservasen las máquinas de guerra y las fortificaciones si en cambio expulsaban á los ricos-hombres que atizaban la

discordia, pues así la paz se restablecería. Discutieron la proposición los de la veintena, y al fin respondieron que aceptaban; pero mientras esto sucedía en San Lorenzo, corrió por la Navarrería la voz de que iba á hacerse la paz sacrificando á los ricos-hombres, y Pascal Gomíz, para impedirlo, soltó la algarrada y lanzó una piedra, que cayendo en el Burgo, causó daño y temor. Gritóse ¡á las armas! corrieron todos á sus puestos, y los que habían formado la reunión de San Lorenzo se lanzaron todos á combatir. Al mismo tiempo cayó otra piedra sobre una casa, y entonces Eustaquio de Beaumarché, dirigiéndose al Abad, le dijo: ved cómo quieren destruirnos: retiraos, que ya la guerra es inevitable.

Resuelto á llevar el incendio y el exterminio al barrio enemigo, mandó encender teas, y para dar el ejemplo, haciendo abrir el portal de *la Rocha*, pasó al otro lado con el escudo al cuello para resguardarse, y la tea en la mano; prendió fuego á una casa, arrojáronle piedras que afortunadamente no le hirieron, y cuando en la Población vieron el fuego, subieron gritando á los muros agitando teas y acopiando madera y azufre, y fueron á incendiar á Sorriburbu. Entretanto de una y otra parte se lanzaban por los aires nubes de dardos y flechas; oíase el zumbido de las hondas y trabuquetes que disparaban piedras; el estampido de las casas que se hundían, el crujir de las vigas que se tronchaban. Hendían los aires silbando los tiros de las ballestas de muro y de barbacana, y el fuego, el humo, el ambiente pestífero cambiaban el color del cielo. Las mujeres, con ánimo varonil, exponían sus vidas para suministrar agua á los combatientes sofocados por el ardor de las llamas: las damas ilustres, recogidas en los templos, exhalaban al pié de los altares, donde ardía profusamente la cera, sus plegarias y sus sollozos. Á todas horas se oía el tañer de las campanas, el sonar de las bocinas, y los gritos que lanzaban los vigías desde las torres: los de uno y otro campo se herían, golpeaban, buscaban sus armas y enseñas y salían al sitio de la refriega; lanzábanse dardos, lanzas,

chuzos; rajábanse escudos y cotas y los venablos cruzaban por los aires como bandadas de pájaros. Resonaban en la Navarrería los gritos de guerra: *San Cristóbal, Elcarte, Zeuza, Ladrón, Cascante, Bidaurre y Oarritz*; y en los Burgos *Navarra, Beaumarché, San Cernin, San Nicolás*.

La batalla se extendió del caserío al campo: en las afueras de Pamplona, en el *arenal*, en el *verjel*, en los *molinos del rey* y *del mazo*, en los *hornos*, y hasta en los puentes, se lidiaba con el mismo encarnizamiento que en las barriadas, donde no por eso dejaban los ingenios de lanzar piedras que llegaban más rápidas que halcones y destrozaban torres, trincheras y silos, continuando así todo el día hasta que con las tinieblas de la noche se suspendía la pelea en la ciudad y en sus contornos. Beaumarché sin embargo, por el escaso número de sus combatientes, no se atrevía á provocar á sus contrarios á una batalla campal, y sus salidas eran de pocos momentos. Hubo un día en que los de la Navarrería idearon destruir las viñas, los árboles y los arbustos de las propiedades de los Burgos: llegaron y se unieron á ellos los aldeanos de los alrededores de Pamplona, que eran enemigos de los burgueses, y llamaron además en su ayuda á los *falsos y glotonos* judíos. Una vez reunidos, salieron los ricos-hombres con su estandarte, y después los aldeanos y los *felones judíos*; destruyeron gran parte de los viñedos de los dos Burgos, las huertas y el arbolado, é incendiaron algunas casas de hortelanos, pues aquel día eran dueños del campo. Eustaquio de Beaumarché lo presenciaba exasperado, pero la falta de recursos le impedía salir á combatir, y además le inspiraban recelos los navarros que había en los Burgos; sin embargo los fieles ballesteros hicieron una salida lanzando dardos: llevaron una gran ballesta de torno, la dispararon, y el venablo dió en el corazón á un caballero, que al parecer era D. Miguel Peritz de Legaria, y entonces los ricos-hombres se retiraron apresuradamente.—Al otro día volvieron á salir los de la Navarrería con escudos y yelmos resplandecientes, intentando talar